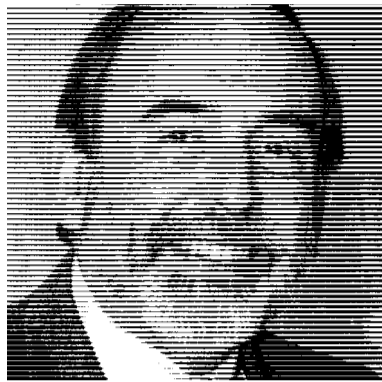


## IDEAS Y DEBATES

La mejor manera de conmemorar los cincuenta años de los tratados de Roma sería avanzar hacia 'más Europa' y ya no por razones románticas o federalistas más o menos idealistas, sino a partir del **análisis del coste que nos supone el no ser capaces de avanzar en la integración interna**



**Francesc Granell**  
Catedrático de la UB

**Economista y abogado. Catedrático de Organización Económica Internacional de la Universitat de Barcelona y miembro de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras. Es, asimismo, Director general honorario de la Comisión Europea y presidente de Ciudadanos por Europa.**

## EL COSTE DEL NO 'MÁS EUROPA'

**H**oy domingo 25 de marzo se cumplen cincuenta años de la firma, en Roma, de los tratados que dieron vida a la Comunidad Económica Europea y a la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Es mucho lo que ha avanzado la integración europea en este medio siglo transcurrido desde entonces. De los 6 países miembros iniciales se ha pasado a 27 y la CEE, que desde noviembre de 1993 adquirió una dimensión política pasando a ser la Unión Europea, ha conseguido unos avances tan significativos, que la mayor parte de la legislación económica que hoy rige la vida de los casi 500 millones de ciudadanos comunitarios no responde, ya, a disposiciones emanadas de la pura soberanía nacional de cada uno de los estados miembros sino de disposiciones emanadas de la soberanía compartida a través de las instituciones europeas.

La integración ha pacificado y reunificado al Continente que había dividido la Guerra Mundial, ha ayudado a crear el estado del bienestar más avanzado de la historia universal y ha ayudado a *espabilar* a todos los países que a lo largo de estos cincuenta se han ido incorporando al proceso unificador.

El actual grado de integración es la plasmación del viejo ideal europeo pero es, sobre todo, consecuencia de la utilidad que le ha reportado a los europeos la existencia de la Comunidad. Si la CEE no hubiera servido hubiera muerto.

En estas fechas muchos periódicos y revistas analizan los elementos que la Europa que hoy conocemos ha aportado a la vida cotidiana de los ciudadanos y las empresas. Así se están viendo las posibilidades que la integración europea ha abierto para que los estudiantes puedan educarse en otros países a través del Programa Erasmus, la facilidad de circulación de personas que supone todo el montaje que se ha creado en el espacio Schengen, la facilidad de pagos que supone el no te-

ner que cambiar moneda cuando se comercia o se hace turismo entre los países que componen el área del Euro o la existencia de normas de calidad o normas técnicas comunes en diferentes ámbitos. Para España, además, Europa ha representado la apertura exterior y la financiación de muchas infraestructuras así como disponer de una divisa sólida que ha estimulado las inversiones españolas en el exterior.

Vencidas las primeras reticencias proteccionistas suscitadas por la participación en un área integrada los europeos nos hemos percatado de que la libre circulación de mercancías, personas, capitales y servicios ha aportado beneficios y ha ayudado a hacer una especie de ensayo general sobre la *globalización* que sin tal ensayo nos habría causado más problemas de los ahora nos crea. Jacques Delors, en su presidencia de la Comisión Europea y con la complicidad de líderes decididamente europeístas como Kohl, Mitterrand y González hizo analizar con detalle el Coste de la no Europa y a partir de ahí se aceptaron cesiones de soberanía nacionales para hacer avanzar el Mercado Interior Único Europeo y para evitar los costes de seguir en una Europa fragmentada en mercados puramente nacionales.

En estas fechas se recuerda, también, que unos pocos años más tarde y también durante aquellos *años dorados* de Delors se creó -por el Tratado de Maastricht de 1992- la moneda única europea que llevó aparejada la rendición de las políticas monetarias nacionales a la *soberanía federal* del BCE. Los bancos centrales nacionales aceptaron la cesión de soberanía a sabiendas de que en un mundo con libre circulación de capitales, los bancos centrales nacionales ya no eran lo suficientemente fuertes para afrontar eventuales shocks especulativos. El euro nació, pues, también, por la convicción de que ceder soberanía en este terreno no era malo y por la convicción de que aquel otro ele-

mento de *más Europa* era positivo.

Desde los avances del Tratado de Maastricht la integración europea no ha escalado nuevas cotas cualitativas significativas y se ha consagrado en exceso a un ejercicio ampliatorio que seguramente era necesario en el contexto de la desaparición del Telón de Acero pero que, a la postre, se ha revelado como inquietante. Algunos han llegado a decir que a la Unión Europea se le ha indigestado la ampliación hasta los 27 miembros que actualmente tiene.

En unos momentos como los actuales en que la economía europea crece menos de lo que todos deseáramos y en que hay que hacer frente a los retos de la globalización que llegan por todas partes -desde las migraciones ilegales hasta la deslocalización o a la competencia despiadada de productos procedentes de países con salarios bajos- los europeos

**Desde Maastricht la integración europea no ha escalado nuevas cotas cualitativas y se ha consagrado en exceso a un ejercicio ampliatorio**

**Los europeos necesitamos que Europa nos ayude a hacer frente a algunos males globales derivados de la globalización**

entrevistados para el Eurobarómetro siguen considerando que Europa es más necesaria que nunca para que Europa haga frente con éxito a la globalización.

Los europeos necesitamos que Europa nos ayude a hacer frente a algunos *males globales* derivados de la globalización con independencia de que los Gobiernos europeos consigan o no solucionar el trauma derivado de la no ratificación del Tratado Constitucional Europeo

El problema es que falta un claro horizonte para despejar el futuro de Europa y la difícil gestación de la tímida *Declaración de Berlín* -aprobada por el Consejo Europeo extraordinario de este fin de semana- ha permitido ver que los vetos de algunos países miembros no han permitido hacer manifestaciones tajantes en relación a próximos avances integradores significativos como, en principio, estaba dispuesta a pilotar la canciller alemana Angela Merkel desde la presidencia del Consejo Europeo que en este semestre ocupa.

De la misma manera que el empujón integrador propiciado por Delors en 1985 siguió al estudio Cecchini en que se decía muy claramente que era necesario hacer el mercado único europeo y eliminar las barreras al tráfico intracomunitario para evitar el coste de la *no Europa*, tenemos ahora que plantearnos los costes que significan el que Europa no *avance más* para hacer frente a los nuevos retos que hoy presenta la globalización y que los 27 estados miembros actuales de la Unión Europea no pueden afrontar por sí solos.

La mejor manera de conmemorar los cincuenta años de los Tratados de Roma sería avanzar hacia *más Europa* y ya no por razones románticas o federalistas más o menos idealistas sino a partir del análisis del coste que nos supone el no ser capaces de avanzar en la integración interna y en constituirnos en un actor internacional relevante para poder dialogar y ser influyentes en el mundo del siglo XXI...



**Fabián Estapé**  
Economista

## EL ECONOMISTA SEÑOR DE BARCELONA

**N**os acaba de dejar una extraordinaria y destacada persona, de aquellos que dan mucho más de lo que reciben. Hoy, y conmigo muchos universitarios y también simplemente ciudadanos, sentimos la amargura que nos acompaña cuando la fatalidad tala uno de los principales árboles con los que se abre en Barcelona el Bosque de la Ciencia, de la Libertad y del Compromiso Cívico.

Seamos rigurosos hoy cuando se evoca, ya en estos iniciales y tristes momentos, la tarea de evocar e imitar a un maestro truncado en plena madurez y con una gavilla de proyectos que habían hecho de Lluís Argemí d'Abadal un eslabón de metal puro en la Escuela. Concretémoslo para dar fechas de distinto significado que Lluís Argemí d'Abadal vino a este mundo el 2 de marzo del 1945 y nos ha dejado con plena lucidez el 14 de marzo del 2007. Debo recordar hoy que en 1984 fue elegido Decano de la Facultad de Económicas

y les aseguro que Argemí figura ya sin discusión en la no siempre ejemplar galería de Decanos y de Catedráticos de Historia del Pensamiento Económico de nuestra Facultad.

Me permito transcribir aquí algunas de las frases con las que le despedieron sus amigos, muchos de ellos compañeros en la Facultad: "siempre tuviste la discreción de los sabios en un mundo lleno de ignorantes indiscretos". "Te atraía el conocimiento, la curiosidad intelectual; representabas el equilibrio y la solidaridad". "El compromiso ético formó parte de tu vida como persona, profesor y ciudadano". "Nunca quisiste elogios ni halagos; sólo quisiste vivir con la máxima plenitud posible la vida que te tocó, abierto a los viajes y con una identidad entre el Empordá y la Vera". "Ganarán nuestros nuestros recuerdos al dolor de tu ausencia".

Volviendo más atrás, debo decir que yo encontré la clave -que he comentado con compañeros y discípulos- de la manera de ser de Argemí.

¡Cuánto me recordaba siempre Lluís al exquisito patricio e historiador don Raimon d'Abadal; aquel gran señor que, comentando en la única revista de entonces, *Destino* de Néstor Luján, la aparición, el mismo día de la *Noticia de Catalunya* de Vicens Vives y la *Historia de las Instituciones de España* de Valdeavellano, se negaba cortesmente a aceptar como una coincidencia la aparición de los dos libros: porque d'Abadal quería saludar una nueva forma de entender Catalunya y España y así lo dijo en la prensa de entonces.

### Parco en palabras

De esa estirpe nos llegó Lluís Argemí d'Abadal, parco en las palabras, sensato en los juicios, con tendencia a controlar el diapasón ajeno, con una distancia brechtiana en los conflictos pero con una incorporación firme a organizaciones políticas -algunas muy clandestinas- pero siempre que comprobara que estaban encaminadas hacia la comprensión, de

cualquier iniciativa que tuviera a la paz por finalidad.

¡Cuánto han ganado todos los que han gozado de su compañía! Fumador empedernido, nunca se vió a nadie perturbado por su incesante humareda. Tuvo siempre la inmensa suerte que le ha acompañado hasta su muerte de tener como fiel compañera a Carmen Rodríguez Zúñiga. Y hoy, con otros profesores que le tuvieron por compañero, incluso cuando era su decano, lamentamos hondamente su ausencia cuando crece el entusiasmo febril del grupo que quiere escribir colectivamente la historia de la Facultad desde el decreto de 1954 por el que el entonces ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, la creó. Saldrá el libro, pero sus mejores páginas -si las hay- recordarán a Lluís Argemí d'Abadal.

Hoy, resistiendo la tendencia a la emotividad desbordada he de recordar lo que una vez dijo André Malraux ante la muerte de un gran personaje: "Siento el dolor que se siente cuando se tala una gran encina".

**Lluís Argemí d'Abadal, parco en palabras y sensato en juicios, nos ha dejado con plena lucidez**